

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Directores: Ernesto Morales y Leopoldo Durán

OSCAR WILDE

BALADA DE LA CÁRCEL
DE READING

BUENOS AIRES*

1916

MARGINALIA

LIBROS.

"Escenas Costarricenses" y "Egoísmo..?", por CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO. San José, Costa Rica. 1913-1914.

Estas dos obras suman en conjunto doscientas ochenta y cuatro páginas. Doscientas ochenta y cuatro páginas de novela cuya lectura nos habría encantado si hubiésemos vivido hasta ahora solamente quince años... La versión inglesa de "Escenas Costarricenses", publicada en "The Pan American Magazine", de Nueva Orleans, habrá gustado seguramente a las jóvenes lectoras de ojos celestes y pudorosa mirada. Y como el protagonista de la novela vive aún, o, mejor, no lo ha matado todavía el autor, no sería extraña ocurrencia que aquellas demandaran la continuación...

"Las Manos Juntas", por ANGEL C. CRUCHAGA SANTA MARÍA. Santiago de Chile. 1915.

Ayer Prado y Guzmán; hoy Cruchaga Santa María... Desde Chile, su tierra nativa, hemos recibido de todos ellos delicados y expresivos mensajes líricos. Los tres son poetas, pero distintos. Solamente tienen de común una cosa: la originalidad, que es precisamente lo que los distingue. A propósito del primero, Armando Donoso, — cuya labor no es menester adjetivar para encarecerla — ha publicado recientemente en la revista «Nosotros» un meditado estudio. Sobre Guzmán no es aventurado afirmar que sus admirables versos blancos nunca serán copiados en los cuadernos íntimos de las señoritas románticas.

...Pero, en suma, nosotros queríamos manifestar simplemente que **Las Manos Juntas** de Angel C. Cruchaga Santa María, armoniosamente espiritualizadas, y angustiosa pero inútilmente tendidas hacia el vacío, han expresado con emoción verdadera la dolorosa tragedia de su vida...

"El Jardín de la Vida", por MANUEL BENAVENTE. Prólogo del Dr. Emilio Frugoni. Montevideo. 1916.

Emilio Frugoni, benévolo introductor de este libro de versos, subraya con palabras muy halagadoras las bellezas y bondades que contiene. Ahorrémosnos, pues, la reedición de los mismos o parecidos elogios y no expurguemos tampoco los defectos que hemos hallado en él. Son pecados tan veniales....

"Educación Integral", por RAQUEL CANAÑA. Palabras previas, por Carolina Muzilli. Buenos Aires. 1916.

OSCAR WILDE

BALADA DE LA CÁRCEL
DE READING

EDICIONES MÍNIMAS

BUENOS AIRES

1916

C. 33

C. 33 escribió la Balada de la Cárcel mientras cumplía una condena de dos años de prisión en Reading, Berkshire, Inglaterra.

C. 33, antes de cubrir su cabeza rapada con el gorro de dril y vestir su cuerpo atormentado con el ropaje ceniciento de los presidiarios, había llenado sus días cultivando las cosas superiores de la vida. Bello como un efebo y dotado de un ingenio con facultades extraordinarias, este hombre, ahora innominado, provenía de una familia inglesa noble y riquísima. Discipulo de Ruskin en la Universidad de Oxford, primero, y amigo suyo después, juntos libraron luminosas batallas defendiendo el prerrafaelismo de Dante Gabriel Rossetti, Burne Jones y Walter Crane, que la crítica de aquella hora - 1880 - rechazaba casi unánime. Paralelamente al movimiento anterior habíase iniciado en Francia la reacción contra el naturalismo, y él, siguiendo las huellas de los Swinburne, Shelley y Tennyson en su propio país, abandonóse también a la influencia del nuevo credo estético que revolucionaba a Europa. Y produjo entonces poemas de maravillosa armonía verbal; cuentos como EL PESCADOR Y SU ALMA, que después de haberlo leído nunca podremos olvidar; comedias como

EL ABANICO DE LADY WINDERMERE, *finamente tramadas*; dramas como SALOMÉ, *un acto sensual y perverso*; y una novela, DORIAN GRAY, *producto morboso de la literatura decadente que contiene todos los elementos de descomposición moral latentes en los sentimientos del autor, y que le condujeron, poco después, hasta llegar a la miserable situación del presidiario...*

Callemos esta cosa terrible. Ahora no es nada más que esto: una letra y un número.

C. 33... ¿Habéis notado la coincidencia?: C=C, inicial de Cristo. 33=33, edad de Cristo en la hora sombría de su crucifixión.

C. 33... El hombre que rubricó con esa letra y ese número infamantes la obsesionante balada "donde la visión del ahorcado nos hace empalidecer de horror y repugnancia", llamábase Oscar Wilde antes de la hora sombría de su muerte civil. Después, recobrado a la vida del mundo y del pensamiento, erió por algunas tierras viviendo magníficamente solo, y, por último, murió en París, —30 Noviembre 1900— legando a la posteridad el DE PROFUNDIS, páginas amargas que contienen su dolorosa confesión y su testamento estético.

BALADA DE LA
CARCEL de READING

POR C. 33

IN MEMORIAM

C. T. W.

ANTIGUO SOLDADO
DE LA
GUARDIA REAL DE CABALLERIA

EJECUTADO EN LA CÁRCEL
DE
READING, BERKSHIRE

EL 7 DE JULIO DE 1896

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Ya no tenía su túnica escarlata, porque la sangre y el vino son rojos, y sangre y vino había sobre sus manos cuando le encontraron con la muerta. la pobre muerta que amaba, y que en su ~~le~~ había matado.

Caminaba entre los detenidos, con un traje gris raído, y una gorra de dril en la cabeza; alegre y ligero parecía su paso, pero nunca se ha visto a un hombre mirar la luz tan intensamente.

Nunca he visto a un hombre contemplar con mirada tan intensa esa tiendecita azul que los prisioneros llaman el cielo, y cada nube que bogaba y pasaba con un velamen de plata.

Yo caminaba con otras almas en pena, por otro patio, y me preguntaba si el crimen de este hombre sería grande o pequeño, cuando una voz detrás de mí murmuró quedo: "este hombre será ahorcado".

¡Ah, Cristo! Los mismos muros de la prisión parecieron vacilar súbitamente, y el cielo sobre mi cabeza se convirtió en un casco de acero candente; y, aunque yo también fuese un alma en pena, mi pena no podía sentirla.

Supé solamente qué pensamiento acosado aceleraba su paso y por qué contemplaba con mirada tan intensa

la fastidiosa claridad del día; aquel hombre había matado lo que amaba, y tenía que morir por esto.

Sin embargo todos los hombres matan lo que aman, y que todos lo sepan: unos lo hacen con una mirada de odio; otros, con palabras acariciadoras; el cobarde con un beso; el hombre valiente con una espada.

Unos matan su amor cuando son jóvenes, otros lo matan cuando son viejos, algunos lo estrangulan con las manos del Deseo, otros con las manos del Oro; los mejores se sirven de un cuchillo, porque así los muertos se enfrían en seguida.

El amor de unos es demasiado breve; demasiado largo es el de otros; unos compran el amor, otros lo venden; unos cometen su crimen con muchas lágrimas, otros sin un suspiro: porque todo hombre mata lo que ama, y sin embargo no todos tienen que morir por ello.

No mueren de una muerte infamante un día de obscura fatalidad; no sienten alrededor del cuello el nudo corredizo, ni sobre el rostro la capucha; no sienten, a través del entarimado, caer sus pies en el vacío.

No viven con hombres silenciosos que les espían noche y día; que les espían cuando quisieran llorar, cuando prueban a rezar; que les espían por miedo de que ellos mismos roben a la prisión su presa.

No se despiertan al alba para ver espantosas figuras agrupadas en sus celdas, al capellán que tiembla, invertido de blanco, al alguacil, con compunción severa, y al gobernador, todo de negro ceremonioso, con un rostro amarillento de juicio final.

No se levantan con lastimosa presura para revestir sus hábitos de condenados, mientras un doctor de boca inmunda les observa dulzonamente y anota cada gesto grotesco y cada contracción nerviosa, manejando un reloj, cuyos débiles tic-tacs son, como los golpes sordos de un terrible martillo.

No conocen esa sed implacable que enarena la garganta, antes de que el verdugo con sus guantes de cuero, deslizándose por la puerta acolchada, os ate con

tres correas, a fin de que vuestra garganta no vuelva a tener sed.

No se inclinan para escuchar la salmodia del oficio de difuntos, y mientras el terror de sus almas les asegura no han muerto, no se cruzan con su propio ataúd al entrar bajo el horrible cobertizo.

No alzan una última mirada al cielo a través de un tejadillo de vidrio, no ruegan con labios de arcilla que termine su agonía; y no sienten sobre su mejilla temblorosa el beso de Caifás.

II

Durante seis semanas nuestro soldado dió su paseo por el patio, con su traje gris raído, y la gorra de dril en la cabeza; y alegre y ligero parecía su paso, pero nunca he visto a un hombre mirar la luz tan intensamente.

Nunca he visto a un hombre contemplar con mirada tan intensa esa tiendecita azul que los prisioneros llaman el cielo, y cada una de las nubes que arrastraba la maraña de su cabellera.

No retorció sus manos, como esos hombres insensatos que pretenden hacer vivir la fugitiva Esperanza en el antro de la desesperación: sólo contemplaba el sol, y bebía el aire de la mañana.

No retorció sus manos, ni lloraba y ni siquiera estaba triste, pero bebía el aire como si hubiese contenido alguna virtud anodina. ¡A boca llena bebía el sol como si fuese vino!

Y las otras almas en pena y yo, que paseábamos en otro patio, olvidábamos si nuestro crimen sería grande o pequeño, y observábamos con una mirada de sombrero estupor al hombre que debía ser ahorcado.

Y era extraño verle caminar con paso tan alegre y tan ligero: y era extraño verle contemplar la luz tan

intensamente; y era extraño pensar que tenía semejante deuda que pagar.

Porque el roble y el olmo tienen un follaje agradable que brota al llegar la primavera: pero odiosa es la vista del árbol del patíbulo, con su raíz mordida por las víboras, y, verde o seco, un hombre tiene que morir antes de que nazca el fruto.

El más alto lugar es esta sede de gracia hacia la cual tienden todos los esfuerzos del mundo. Pero, ¿quién querría encontrarse con una corbata de cáñamo, en lo alto de un cadalso, lanzando a través del collar homicida su última mirada al cielo?

Es dulce bailar al son de los violines cuando el amor y la vida son propicios: bailar al son de las flautas y los laúdes es delicado y raro; ¡pero no es dulce bailar en el aire con pie ágil!

Así, con ojos curiosos y alucinantes suposiciones le observábamos día por día y nos preguntábamos si todos nosotros no acabaríamos del mismo modo, porque nadie puede decir hasta qué rojo infierno su alma ciega, puede extraviarse.

Al fin, el hombre muerto no se paseó más con los detenidos, y supe estaba de pie, en la horrible caja negra donde comparecen los acusados y que nunca más en este mundo suave del señor vería su rostro.

Como dos navíos en peligro que pasan en medio de la tormenta, nos cruzamos en el camino, no hemos hecho seña alguna, no hemos dicho la menor palabra, no teníamos palabra alguna que decirnos porque no nos encontramos en la noche santa sino en el día vergonzoso.

Un muro de prisión nos rodeaba a ambos, dos heredados éramos; el mundo nos había arrojado de su corazón, y Dios fuera de su solicitud. y la trampa de hierro que aguarda al pecador, nos había cogido en su lazo.

III

En el patio de los deudores los adoquines son rudos, y los muros pegajosos elevados y allí tomaba él el aire y a cada lado un guardián marchaba, por temor de que el hombre muriese.

O bien se sentaba con los que espiaban su angustia noche y día; que le espiaban cuando se levantaba para llorar, o se arrodillaba para rezar; que le espiaban por miedo de que él mismo robase al cadalso su propia presa.

El gobernador sabía muy bien los artículos del reglamento; el doctor decía que la muerte no era más que un hecho científico; y dos veces al día llegaba el capellán con un pequeño tratado.

Y dos veces al día fumaba él su pipa y bebía su jarra de cerveza; su alma estaba resuelta y en sitio alguno podía ocultarse el miedo; y a menudo decía que le alegraba estuvieran próximas las manos del verdugo.

Pero el por qué decía una cosa tan extraña ningún guardián osaba preguntárselo; porque al que es dado como oficio la suerte de guardián debe poner un cerrojo a sus labios y hacer de su rostro un antifaz.

Porque de otro modo podría conmovirse. ¿y qué

haría la Piedad Humana en el Antro de los Homicidas? ¿Qué palabra de remisión podría en tal sitio socorrer el alma de un hermano?

Con paso lento y oscilante, alrededor del patio, ejecutábamos la parada de los locos. ¡Qué nos importaba! Sabíamos ser la brigada del Diablo; y cabezas rapadas y pies de plomo hacen una alegre mascarada.

Hilo por hilo desgarrábamos la cuerda embreada con nuestras uñas rotas y sangrientas; frotábamos las puertas y lavábamos los pavimentos, y limpiábamos los lucientes barrotes, y, por grupos, enjabonábamos las ensambladuras, chocando ruidosamente los cubos.

Se cosían sacos, se rompían piedras, y dábamos vueltas al barreno polvoriento; se chocaban las escudillas y se voceaban himnos y sudábamos sobre el molino; pero en el corazón de todos el terror se había ocultado tranquilamente.

Tan tranquilo estaba que todos los días se arrastraba como una ola henchida de algas, y olvidamos el áspero destino que aguarda al necio y al bribón, hasta que una vez volviendo del trabajo, pasamos junto a una tumba abierta.

Con un gran hostezo, el agujero lóbrego suspiraba por un alimento vivo; el mismo barro reclamaba sangre al patio de asfalto sediento; y supimos que antes que el alba blondease uno de nosotros se balancearía en la horca.

Sin detenernos volvimos, atenta el alma a la muerte, al espanto y al destino; el verdugo, con su saco, pasó arrastrando los pies, en medio de las tinieblas; y cada hombre temblaba al deslizarse en su tumba numerada.

Esta noche los corredores vacíos, estuvieron llenos de formas de miedo, y de arriba a abajo de la villa de hierro se sintieron pasos furtivos que no se podían oír, y, a través de los barrotes que ocultan las estrellas, rostros blancos que parecían mirar curiosamente.

El descansaba como alguien que duerme y sueña sobre la hierba dulce de una pradera; las guardianas

le examinaban mientras dormía, y no acertaban a comprender cómo se puede dormir un sueño tan tranquilo, con el verdugo al alcance de la mano.

Pero no hay sueño cuando tienen que llorar los que nunca aun vertieron lágrimas; así, nosotros, — los necios, los fraudulentos, los bribones, — velamos en esta interminable noche, y, a través de cada cerebro, sobre sus manos de dolor, el espanto de otro se deslizó rampando.

¡Ay, es una cosa horrible sufrir el delito de otro! Porque derecho al alma, el acero del mal se nos clavaba hasta su puño envenenado, y como plomo fundido, fueron las lágrimas que derramamos por la sangre que no habíamos vertido.

Los guardianes, con sus zapatos de fieltro, se deslizaban ante cada puerta cerrada, y atisbaban y veían, con ojos de pavor, formas grises sobre el suelo, y se maravillaban de que se arrodillasen para rezar los que nunca aun habían rezado.

Toda la noche, arrodillados rezamos, ¡dementes conduciendo el duelo de un cadáver! Las plumas agitadas de media noche eran como los penachos de una carroza mortuoria, y como un vino agrio sobre una esponja era el sabor del remordimiento.

El gallo gris cantó, el gallo rojo cantó, pero la aurora no vino; y formas tortuosas de terror se agazaparon en los rincones donde yacíamos; y todos los espíritus malignos que se debaten en las tinieblas parecían retozar ante nosotros.

Resbalaban y pasaban, resbalaban rápidamente, como transeuntes entre la bruma; imitaban a la luna en un rigodón de figuras y contorsiones delicadas, y con pasos ceremoniosos y gracias repugnantes los fantasmas acudían a su cita.

Haciendo mucecas y guiños, les vimos pasar, frágiles sombras cogidas de la mano, en corro, en espectral barahunda danzaron una zarabanda; y los grotescos

condenados hacían arabescos como sobre la arena el viento.

Con piruetas de guiñol, bailaban alegrementè, de puntillas; pero con las flautas del miedo llenaban los oídos, conduciendo su horrible mascarada, y ruidosamente cantaban, y cantaban largamente, porque cantaban para despertar al muerto.

“¡Oh! — gritaban. — ¡El mundo es grande, pero los pies atados van cojeando! Y una vez, o dos, echar los dados es elegante y distinguido, pero nunca gana el que juega con el pecado en la secreta casa de vergüenza.”

No eran, no, formas aéreas estos seres grotescos que brincaban con tanto regocijo; para aquellos cuyas vidas están encadenadas, y cuyos pies no pueden ir libremente. ¡Ah, llagas de Cristo! Bien vivos estaban y bien terribles de ver eran.

En corro, en corro valsaban y giraban; algunos en parejas risueñas; con pasos afectados de coquetas, algunos rozaban los escalones; y, con sutiles sarcasmos y acariciantes miradas, todos ellos nos asistían en nuestras oraciones.

El viento de la mañana comenzó a gemir, pero la noche continuó; sobre su telar gigante la estofa de las tinieblas serpeó hasta que cada hilo fué tejido; y, mientras rezábamos, se apoderaba de nosotros el miedo a la justicia del sol.

El viento gemidor vino a errar en torno de los muros de la cárcel; hasta que, como una rueda de acero que gira, sentimos penetrar en nosotros los minutos. ¡Oh, viento gemidor! ¿Qué habíamos hecho para tener tal centinela?

Al fin vi la sombra de los barrotes, como una celosía de plomo forjado; proyectóse sobre la pared blanqueada de cal, frente a mi lecho de tablas, y supe que en un lugar del mundo el alba terrible de Dios era roja.

A las seis cada uno baldeó su celda, a las siete todo

estaba tranquilo, pero el aletear tembloroso de un vuelo potente parecía llenar la cárcel, porque el señor de muerte, con su aliento helado entró para matar.

No pasó en púrpura suntuosa, y no cabalgaba en corcel de blancura lunar. Tres metros de cuerda y una tabla escurridiza es todo lo que la horca necesita; así, con la cuerda de oprobio vino el heraldo a hacer su obra secreta.

Eramos como gentes que en lodazal de inmundicia obscuridad avanzan a tientas; no nos atrevíamos a suspirar una oración, ni a dar curso a nuestra angustia; algo había muerto en todos nosotros y lo que había muerto era la Esperanza.

Porque la feroz justicia del hombre sigue recto su camino, sin permitirse el menor rodeo, hiere al débil, hiere al fuerte, su marcha es implacable; con talón de hierro, ¡monstruosa parricida! aplasta al fuerte.

Esperábamos el toque de las ocho; nuestras lenguas estaban tumefactas y sedientas; porque el toque de las ocho es el toque del destino que hace maldito a un hombre, y el destino emplea un nudo bien corredizo, para el hombre mejor y también para el peor.

Sólo teníamos que esperar el signo próximo; así, como piedras en un valle solitario, estábamos sentados, inmóviles y mudos; pero el corazón de todos latía fuerte y rápido, como un loco sobre un tambor.

Con un choque súbito, el reloj de la cárcel conmovió el aire tembloroso, y de la prisión entera se elevó un gemido de desesperación impotente, como el grito que oían los pantanos, aterrados, de los leprosos en su guarida.

Y así como se ven las más horribles cosas en el cristal de un sueño, vimos la aceitosa cuerda de cáñamo atada a la viga negruzca, y oímos la oración que el collar del verdugo estranguló en un gran grito.

Y todo el dolor que le sacudió hasta hacerle lanzar este grito espantoso, y su remordimiento desgarrador, y sus sudores de sangre, nadie los conoció tan bien como yo: porque el que vive más de una vida debe morir también más de una muerte!

IV

:

No hay oficios el día en que se cuelga a un condenado: el corazón del capellán está demasiado enfermo, o su rostro demasiado lívido, o en sus ojos está escrito lo que nadie debe ver.

Así, nos tuvieron encerrados hasta cerca de medio día, y entonces tocaron la campana, y los guardianes, con sus llaves tintineantes, abrieron cada celda y bajamos pesadamente la escalera de hierro, cada uno fuera de su infierno distinto.

Al exterior, al aire suave de Dios, fuímos, pero no del modo habitual, porque el rostro de éste estaba blanco de miedo, y el rostro de aquél estaba gris, y nunca he visto a hombres tristes mirar la luz tan intensamente.

Nunca he visto a hombres tristes contemplar con mirada tan intensa esa tiendecita azul que nosotros, los prisioneros, llamábamos el cielo, y cada nube indiferente que pasaba en dichosa libertad.

Pero había entre nosotros quienes marchaban con la cabeza baja, y sabían, que si todos hubieran pagado su cuenta, habrían merecido morir: él no había matado más que una cosa viva, mientras ellos habían matado una cosa muerta.

Porque el que peca una segunda vez despierta al dolor un alma muerta, y la arranca de su sudario manchado, y la hace sangrar de nuevo, y la hace sangrar grandes gotas de sangre. ¡y la hace sangrar en vano!

Como monos o payasos, en aparato monstruoso, estrellados de flechas en dibujo irregular, silenciosamente caminábamos alrededor del patio de asfalto resbaladizo; silenciosamente caminábamos alrededor y nadie decía palabra.

Silenciosamente caminábamos alrededor, y, en cada cerebro hueco, la memoria de cosas terribles se abrumaba como un viento terrible y el horror se exhibía ante todos, y el terror detrás trepaba.

Los guardianes se pavoneaban, aquí y allá, custodiando su rebaño de bestias, sus uniformes flamantes era la gala de los domingos, pero nosotros sabíamos qué trabajo habían cumplido por la cal viva de los zapatos.

Porque allí donde abrieron la tumba ya no había tumba alguna: sólo un poco de tierra y de arena junto al muro asqueroso de la cárcel, y un montón de cal ardiente a fin de que careciese el hombre de sudario.

Porque el infeliz tiene su sudario como pocos pueden exigirlo: bien al fondo, al fondo, de un patio de prisión, desnudo para mayor vergüenza, yace, con cadenas en ambos pies y envuelto en una sábana de fuego.

Y la cal ardiente devora su carne y sus huesos, roe los huesos quebradizos durante la noche, y durante el día la carne tierna, como la carne y los huesos sucesivamente, pero el corazón sin cesar lo roe.

Durante tres largos años, no sembrarán ni plantarán allí: durante tres largos años, el lugar maldito será estéril y desnudo, y mirará al cielo con una mirada sin reproches.

Crean que un corazón de asesino corrompería toda simple semilla que sembrasen. ¡No es verdad! La buena tierra de Dios es más generosa de lo que creen los hombres, y la rosa roja, nacería más roja, y la rosa blanca, más blanca.

¡Sobre su boca, una roja, roja rosa! ¡Sobre su corazón, una blanca! Porque, ¿quién puede decir, de qué extraña manera, Cristo manifiesta su voluntad, des-

de que el cayado seco que llevaba el peregrino floreció a la vista del gran papa?

Pero ni la rosa blanca de leche, ni la roja, pueden florecer en el ambiente de una prisión: piedras, guijarros, sílex, porque saben que a veces las flores han apaciguado la desesperación del hombre sencillo.

Así, jamás la rosa roja de vino, ni la blanca, pétalo por pétalo, caerán sobre este trozo de tierra y arena, junto al muro asqueroso de la cárcel, para decir a los hombres que caminan en el patio que el hijo de Dios murió por todos.

Sin embargo, aunque el muro asqueroso de la cárcel le encierre todavía, y aunque un espíritu, atado con cadenas, no pueda vagabundear de noche, y aunque un espíritu sólo pueda llorar sobre el que yace en tierra tan impía.

Ya está en paz el mísero, en paz o lo estará bien pronto: ya no hay nada que pueda enloquecerlo, y el terror no se pasea en pleno día, porque la tierra sin claridad en que reposa no tiene sol ni luna.

Le ahorcaron como se ahorca a una bestia: ni siquiera le otorgaron un requiem que hubiese podido llevar algún consuelo a su alma espantada; precipitadamente le condujeron, ocultándolo en un hoyo.

Le quitaron sus ropas, y lo abandonaron a las moscas. Se burlaron de su cuello hinchado y rojo, y de sus ojos puros y fijos y con grandes risas, amontonaron el sudario en que reposa.

El capellán no se arrodillaría al borde de esta tumba deshonrada: no la marcaría con la cruz bendita que dió el Cristo a los pecadores, porque este hombre era uno de los que Cristo había bajado a salvar.

No obstante, todo está bien: él sólo ha franqueado los límites comunes de la vida: y por él, lágrimas ajenas llenarán la urna, desde hace tiempo rota de la piedad, porque sus plañideras serán los rechazados, y los rechazados lloran siempre.

V

Yo no sé si las leyes tienen razón, o si las leyes se equivocan; todo lo que nosotros sabemos, nosotros, los presos, es que el muro es sólido; y que cada día es como un año, un año cuyos días fuesen largos.

Pero lo que sé es: que toda ley hecha por los hombres para el hombre, desde que un hombre por vez primera cogió la vida de su hermano, comenzando el mundo de la aflicción, toda ley dispersa el buen grano y guarda la paja, con la peor de las cribas.

Y también sé: — ¡y cuán bien si todos pudiesen saberlo igual! — que toda prisión que edifican los hombres está edificada con los ladrillos de la infamia, y cerrada con barrotes, por temor de que Cristo vea cómo mutilan los hombres a sus hermanos.

Con barrotes desfiguran la luna grácil, y ciegan al buen sol: y hacen bien en ocultar su infierno, porque pasan en él cosas, que ni hijo de Dios, ni hijo de hombre, debería ver jamás.

Las acciones más viles, como hierbas nocivas, crecen en la atmósfera de la cárcel; sólo lo que hay de bueno en el hombre se agosta y se marchita: la pálida

angustia vela a la puerta, y el guardián es Desesperación.

Porque torturan de hambre al niño aterrorizado hasta que llora noche y día, y flagelan al débil, y azotan al idiota, y burlan de los viejos, y algunos se vuelven locos, y todos se vuelven peores, y ninguno puede decir palabra.

Cada estrecha celda que habitamos es una infecta y sombría letrina, y el aliento fétido de la muerte viva ahoga el ventanillo enrejado, y todo, salvo el deseo, queda reducido a polvo en la máquina humanidad.

Y el agua salobre que bebemos resbala con un lodo neuseabundo, y el pan amargo, que pesan cuidadosamente, está lleno de cal y yeso, y el sueño, sin acostarse nunca, camina con ojos huraños implorando al tiempo.

Pero aunque el hambre flaca y la sed lívida, como el áspid y la víbora, luchan, poco importa la ración: porque lo que hiela y mata enteramente es que cada piedra levantada durante el día se convierte en nuestro corazón por la noche.

Media noche siempre en el corazón, y el crepúsculo en la celda, dábamos vueltas al manubrio y deshilachábamos la cuerda, cada uno en su infierno distinto, y el silencio era más temible que el son de campanas de bronce.

Y jamás una voz humana se acerca para decir una palabra dulce: y la mirada que a través de la puerta nos observa es implacable y dura: y de todos olvidados, nos pudrimos y pudrimos, cariados alma y cuerpo.

Y así enmohecemos la férrea cadena de la vida, solos y envilecidos: y unos profieren maldiciones, y otros lloran, y algunos no hacen oír la menor queja: pero las leyes eternas de Dios son indulgentes y rompen el corazón de piedra.

Y todo corazón humano que se rompe en un patio o celda de prisión es como aquella redoma quebrada que dió su tesoro al señor, llenando la impura morada del leproso con el perfume del nardo máspreciado.

¡Ah, dichosos aquellos cuyos corazones pueden romperse y ganar la paz del perdón! ¿De qué otro modo podría el hombre trazar su plan y purificar su alma de pecado? ¿Dónde, si no en un corazón roto, podría entrar el señor Cristo?

Y el hombre de cuello hinchado y rojo, y de ojos puros y fijos, espera las santas manos que llevaron al ladrón al Paraíso; porque el Señor no desprecia un corazón roto y contrito.

El hombre vestido de rojo que lee la ley le acordó tres semanas de vida, tres cortas semanas para curar su alma de la contienda de su alma, y para purificar de la menor gota de sangre la mano que había sostenido el cuchillo.

Y con lágrimas de sangre purificó su mano, la mano que había sostenido el acero; porque sólo la sangre puede borrar la sangre, y la mancha carmesí que era de Caín se convirtió en el sello blanco nieve de Cristo.

VI

En la cárcel de Reading, junto a la ciudad, hay una tumba de infamia en que yace un miserable devorado por dientes de llama; en un sudario de cal viva, en un sudario ardiente yace, y su tumba no tiene nombre.

Que allí repose en silencio hasta que Cristo llame a los muertos: no es preciso prodigar lágrimas insensatas ni exhalar hondos suspiros: aquel hombre había matado lo que amaba, y tuvo que morir por esto.

Y todos matan lo que aman, ¡oíganlo todos!: unos lo hacen con una mirada de odio, otros con palabras acariciadoras, el cobarde con un beso, ¡el hombre valiente con una espada!

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

PARÁBOLAS

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras

I

EL HACEDOR DE BIEN

Jesús volvió a Nazareth. Y no reconoció su ciudad natal.

La Nazareth donde él había vivido, era una ciudad triste, llena de lágrimas y de lamentaciones. Y ésta, que veía hoy, estaba llena de risas y cantos. Y Cristo entró en la ciudad, y vió esclavos cargados de flores, que iban en tropel hacia la escalera de mármol de una casa de mármol blanco. Y el Cristo entró en la casa y en el fondo de una sala de jaspe, acostado sobre un lecho de púrpura, vió a un hombre, cuyos cabellos en desorden estaban coronados de rosas rojas, y cuyos labios estaban rojos de vino. El Cristo se aproximó a él. le tocó en el hombro, y le dijo:

—¿Por qué llevas esta vida?

El hombre se volvió, lo reconoció, y dijo:

—Yo era leproso. Tú me has curado. ¿Por qué llevaría yo otra vida?...

El Cristo salió de esa casa. Y he ahí que en la calle vió a una mujer, de la cual el rostro y los vestidos estaban pintados, y cuyos pies estaban adornados de perlas. Y vió detrás de ella a un hombre que la seguía, del cual el vestido era de dos colores y los ojos carga-

dos de deseos. Y el Cristo se aproximó al hombre, y tocándole en la espalda, le dijo:

—¿Por qué sigues a esa mujer y la miras así?

El hombre se volvió, lo reconoció, y le dijo:

—Yo era ciego. Tú me has curado. ¿Qué cosa mejor podría hacer yo de mi vista?

Y el Cristo se aproximó a la mujer, y le dijo:

—Este camino que tú sigues es el del pecado; ¿por qué seguirlo?

La mujer lo reconoció, y dijo riendo:

—El camino que yo sigo es agradable. Tú me has perdonado todos mis pecados. ¿Qué podía yo hacer de tu perdón?...

Y el Cristo sintió su corazón lleno de tristeza, y quiso abandonar la ciudad. Y como saliese, vió junto a los pozos cercanos a un joven, sentado, que lloraba. El Cristo se acercó a él, y tocándole los bucles de su cabellera, le dijo:

—Amigo, ¿por qué lloras?

El joven levantó los ojos, lo reconoció, y le dijo:

—Yo había muerto, y tú me resucitaste. ¿Qué otra cosa puedo hacer de mi vida?...

Y el Cristo, entristecido, se alejó.

II.

LA SALA DEL JUICIO

Hízose un gran silencio en la sala del Juicio Final, y el Hombre compareció, desnudo, ante la presencia de Dios.

Dios abrió el Libro de la Vida.

Y Dios dijo al Hombre: "Fué mala tu vida. Fuiste cruel para con aquellos que demandaron tu socorro y fuiste amargo y duro de corazón para con aquellos que tenían necesidad de auxilio. Clamaron por tí los pobres, y tú no los escuchaste; tus oídos se cerraron al clamor de mis afligidos. Te apoderaste de la herencia de los huérfanos, y soltaste las raposas en la viña de tus vecinos. Tomaste el pan de los pequeños para alimentar a tus perros; y a mis leprosos, que en santa paz vivían en sus chozas, tú los atrajiste hacia tus caminos, y sobre la misma tierra de que yo te formé, tú derramaste sangre de inocentes."

El Hombre respondió y dijo: "En efecto, eso hice yo."

Dios abrió nuevamente el Libro de la Vida.

Y Dios dijo al Hombre: "Fué mala tu vida. La Belleza, que yo manifesté por todas partes, fué objeto de tus investigaciones; entre tanto el Bien, que yo oculté, no mereció tus solicitudes. Las paredes de tu alcoba estaban llenas de imágenes, y tú te levantabas al son de las flautas, del lecho de tus abominaciones. Elevaste siete altares a los siete pecados que yo condené, y comiste lo que no hubieras debido comer. Tus mantos de púrpura estaban bordados con los signos de la Vergüenza. Tus ídolos no eran de oro ni de plata que dura, pero sí de carne que perece. Tú les derramaste perfumes sobre los cabellos, les pintaste los párpados con antimonio y les ungiste con mirra los cuerpos. Te prosternaste ante tus ídolos hasta la tierra, y ellos se exaltaban a la faz del Sol. Mostraste tu vergüenza al Sol y a la Luna tu locura."

El hombre respondió y dijo: "En efecto, eso hice yo."

Por tercera vez abrió el Señor el Libro de la Vida.

Y Dios dijo al Hombre: "Tu vida fué mala; pagaste el bien con el mal, el beneficio con el maleficio. Heriste las manos que te nutrieron y despreciaste los senos que te amamantaron. Aquel que vino a tí por agua, volviéndose sediento; y a los proscriptos que en la noche te refugiaron en sus tiendas, tú los echaste antes de la aurora. Al enemigo que te protegió, tú lo cogiste en una celada, y al amigo que te acompañó, tú lo vendiste por dinero. A aquellos que te trajeron el Amor, tú siempre diste en cambio el Deseo."

El hombre respondió y dijo: "En efecto, eso hice yo."

Dios cerró entonces el Libro de la Vida, y dijo: "Seguramente te enviaré al Infierno."

El hombre exclamó: "¡No puedes!"

Y Dios dijo al hombre: "¡Pero por qué no podré enviarte al Infierno?"

Hízose un gran silencio en la Sala del Juicio Final. Después de un instante Dios habló y dijo al hombre: "Ya que no puedo enviarte al Infierno, seguramente te mandaré al Cielo."

Mas el hombre exclamó: “¡No puedes!”

Dios dijo al Hombre: “¿Y por qué no puedo yo enviarte al Cielo?”

“Porque nunca, en paraje alguno, he podido imaginarlo” — repuso el Hombre.

E hizose un gran silencio en la Sala del Juicio!

Biblioteca de la Academia Argentina de Letras



DIRECTORES:
ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

Raquel Camaña, la autora de este opúsculo sobre educación renovadora de intenso contenido, extinguióse en la primavera de 1915 y en la primavera de su vida. Poseía un bagaje científico cuyas conclusiones tienden al libre desarrollo del individuo, desembarazándolo de todas las trabas morales y prejuicios intelectuales que lo rinden esclavo. Ello dió motivo a los megaterios de la enseñanza oficial para obstaculizar la acción educadora de esta admirable maestra, y para que los pudibundos cancerberos de la moral que impone el triste dogma católico excomulgaran a la hereje...

Penetrada de inmens amor por todo lo verdadero, bello y bueno, esta verdadera, bella y buena mujer, cuyo mayor dolor fincaba en no haber concebido un hijo, fué la madre amorosa e inteligente de los hijos ajenos.

Carolina Muzilli, fiel a la memoria de su amiga y compañera, ha exhumado las páginas que constituyen este folleto. Ella nos promete, además, continuar su obra. ¿Qué mejor recuerdo y qué mayor homenaje?..

L. D.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Nosotros N.º 84. — La entrega de esta revista correspondiente al mes de abril, ofrece, como los anteriores, un excelente contenido. Armando Donoso firma un agudo estudio crítico sobre Pedro Prado; Eduardo Talero, Juan de Adentro, José Muzilli, Juan Carlos Dávalos y Juan Burghi han contribuido con bellos trabajos poéticos; F. F. Tiscornia entrega para su lectura reposada una conferencia titulada "Representación ideal del Quijote"; y, por último, entre otros trabajos, publicanse una nota necrológica de la Dirección y un sentido discurso de Nicblas Coronado, ambos sobre la personalidad de Eulogio R. de la Fuente, el extraño y original escritor recientemente desaparecido.

Colección Ariel. — J. García Monge, director de los cuadernos quincenales que se editan en San José de Costa Rica bajo el título que expresa el rubro, es un notable escritor que consagra su espíritu laborioso a la indicada iniciativa con admirable continuidad de energía, seguro de su constancia y del buen éxito de su buena obra. Cada cuaderno que aparece es una nueva demostración de su capacidad que debemos agradecerle todos los que amamos las cosas bellas.

El Figaro. — Habana, Cuba. — Llega con regularidad a nuestras manos este semanario verdaderamente digno de nuestras congratulaciones por su contenido literario y la impecable nitidez de sus reproducciones gráficas, que dirige certeramente el estimable escritor Arturo R. Caricarte. En los últimos números reproduce algunas interesantes fotografías de Rubén Darío que nos lo presenta en diferentes épocas de su vida.

Crítica Socialista. — Buenos Aires. Año 11. N.º 1. — Esta publicación mensual, que dirige con excelente espíritu crítico el viejo militante del partido socialista y escritor de enjundia Guido Anatólio Cartey, entra con este número en su segundo año de existencia. Augurámosle muchos años más de vida ascendente y fecunda.

CUADERNOS PUBLICADOS:

PRIMER SEMESTRE

- | | |
|------------------------|--|
| 1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| 2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| 4. JUAN PEDRO CALOU | : Breviario de los Tristes |
| 5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| 6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |

SEGUNDO SEMESTRE

- | | |
|----------------|--------------------------------|
| 7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
|----------------|--------------------------------|

Cuaderno de próxima publicación:

CUENTOS por LEOPOLDO LUGONES

SUBSCRIPCIONES:

Capital, un semestre \$ 1.00 m/n -- Interior \$ 1.25 m/n
" un año " 2.00 " -- " " 2.50 "
Número suelto \$ 0.20 centavos

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — RS. AIRES

DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA A

LEOPOLDO DURÁN